



GUADALUPE NIETO CABALLERO

José Luis Bernal Salgado, Antonio Sáez Delgado (eds.),
El ultraísmo español y la vanguardia internacional,
Madrid, Instituto Cervantes, 2019, 476 pp.

Un siglo después de su nacimiento, el ultraísmo sigue cosechando interés entre la crítica como uno de los motores de la poesía del periodo de la Edad de Plata. Si bien durante años otras realidades literarias como el Veintisiete han eclipsado el papel que ejerció este ismo en el contexto de la vanguardia española, hoy no cabe duda de que su surgimiento y su propia desintegración contribuyeron a la consolidación de la vanguardia histórica española. Así se confirma en *El ultraísmo español y la vanguardia internacional* (2019), editado por los profesores José Luis Bernal Salgado (Universidad de Extremadura) y Antonio Sáez Delgado (Universidade de Évora) en la recién nacida colección Mina de Pasatiempos del Instituto Cervantes. Con la publicación del volumen se culmina un proyecto previo de congresos itinerantes en distintas sedes del Instituto Cervantes, comisariado por Antonio Sáez, cuyo fin era conmemorar el centenario del ultraísmo desde distintas perspectivas a través de la voz de reconocidos especialistas.

Estas reivindicaciones del ultraísmo como pieza indispensable del puzle de la vanguardia histórica contrastan, en gran medida, con el olvido en las décadas centrales del siglo pasado. Con todo, como apuntan Bernal y Sáez, la crítica ha confirmado en las últimas décadas el valor de este movimiento en la historia literaria española. Los editores presentan en la introducción un detallado recorrido por la bibliografía centrada en el ultraísmo desde sus orígenes (y ahí se destaca *Literaturas europeas de vanguardia*, de Guillermo de Torre, de 1925) hasta los estudios más recientes. Asimismo, y siguiendo lo expuesto por Luis García Montero, director del Instituto Cervantes, en las palabras liminares del volumen, quizá “el gesto más vanguardista del ultraísmo fuera su conexión exprés en materia arqueológica”, de tal forma que ha solidado

ocupar “un lugar discreto de nuestra historia literaria” (p. 7). Esta idea recorre de manera transversal todos los capítulos del libro.

En *El ultraísmo español y la vanguardia internacional* se propone regresar a las fuentes y postulados iniciales del movimiento y reconocer las influencias recibidas y emitidas a nivel nacional e internacional. Se plantea así un doble diálogo entre ismos y tradiciones diversas que permita situar al ultraísmo en el contexto de los ismos internacionales más destacados. Atendiendo a este propósito, los editores han configurado una obra con capítulos de investigadores cuyo aval académico confirma la calidad del volumen: Andrew A. Anderson, Francisco Javier Díez de Revenga, Julio Neira, Domingo Ródenas y Pilar García-Sedas, Joaquín Roses, Miguel Ángel García, Gabriele Morelli, Pablo Rojas, Carlos García, José María Barrera, Emilio Quintana, además de los propios José Luis Bernal y Antonio Sáez.

Podríamos dividir el volumen en dos bloques bien diferenciados, a la par que dependientes entre sí: de un lado, el que conforman los capítulos centrados en el ultraísmo a nivel nacional, con sus protagonistas y relaciones con otros autores, movimientos y tradiciones (cap. 1-5); de otro lado, el de los dedicados a la proyección y recepción de influencias en el ámbito internacional hispanoamericano y europeo (cap. 6-13).

En su capítulo, titulado “El ultraísmo y Ramón Gómez de la Serna” (p. 21-56), Andrew A. Anderson aborda las relaciones de Ramón con el ultraísmo desde tres perspectivas: histórica y biográfica, crítica y evaluativa, y literaria. En estas páginas, Anderson presenta al cabecilla de Pombo como prototipo vanguardista y pondera las relaciones entre tres figuras insustituibles del ultraísmo: Guillermo de Torre, Rafael Cansinos Assens y el propio Ramón Gómez de la Serna, nómina a la que se sumaría, con el tiempo, Isaac del Vando Villar. En todo caso, como concluye Anderson tras su amplio y significativo recorrido por distintos testimonios de los protagonistas, Ramón siempre tuvo reservado un lugar excepcional en la historia del ultraísmo español. Así lo demuestra la importancia de la greguería que surca los textos de algunos ultraístas como Manuel de la Peña, De Torre o Cansinos Assens.

En el segundo capítulo del libro, “El ultraísmo y el modernismo español” (pp. 57-94), Francisco Javier Díez de Revenga se centra en las relaciones entre los dos movimientos y concibe el origen del ultraísmo

“como una reacción contra las estéticas establecidas, contra el parnassianismo, el simbolismo, el modernismo o el rubenianismo, tal como proclama, en 1925, en sus *Literaturas europeas de vanguardia* Guillermo de Torre” (p. 58). Díez de Revenga destaca la importancia de las fuentes primarias —y de manera especial el citado volumen de De Torre y las revistas de transición— para conocer las relaciones entre ultraísmo y modernismo. El autor cierra su capítulo con el análisis de la incursión ultraísta del poeta murciano Eliodoro Puche, un ejemplo más de la conexión entre los dos movimientos analizados.

Siguiendo la línea de relaciones entre el ultraísmo y otros movimientos y tendencias, José Luis Bernal plantea la conexión entre “El ultraísmo, el creacionismo y el Veintisiete” (pp. 95-131). Bernal reconoce la fructífera influencia del ultraísmo en los autores de la joven literatura y confirma así la necesidad de leer y estudiar la literatura “sin solución de continuidad” (p. 97). Esta idea se ratifica al concebir el ultraísmo como “uno de los rostros más amables de la tradición vanguardista para muchos de los nombres centrales del Veintisiete” a la vez que se erige en “una puesta al día temprana de la vanguardia europea” (p. 101). Bernal reconoce asimismo la importancia del Ultra para consolidar algunos nombres del Veintisiete como Guillén, Alonso, Alberti y García Lorca, sin olvidar la evidente relación con el creacionismo que vino de la mano de Diego y Larrea, de cuyo intercambio epistolar podemos extraer algunas pistas sobre la intrahistoria del ultraísmo.

Por su parte, Julio Neira, en “El ultraísmo y la mujer” (pp. 133-159), analiza la “actitud de los ultraístas hacia la mujer” y propone “comprobar si también en esta materia se constata la influencia del futurismo” (p. 136). Para este fin parte de los textos de Marinetti sobre el papel de la mujer en la sociedad y la repercusión de sus palabras en distintos ámbitos, así como su posible influencia entre los ultraístas. Como concluye el profesor Neira, la mujer siguió siendo musa, “pero a su imagen ideal se añadieron valores distintos, acordes con los nuevos tiempos y con el resultado de ‘revolución’ estética futurista” (p. 142). La mujer se incorpora al circuito poético “como autora y no como simple musa”, síntoma “de la proactividad de la nueva generación de españolas” (p. 149). Entre las autoras musas del ultraísmo Neira destaca a Norah Borges, Sonia Delaunay y Teresa Wilms, y hace una mención especial a Lucía Sánchez Saornil, única mujer que publicó en las revistas del ultraísmo.

El quinto capítulo del libro, de Domingo Ródenas y Pilar García-Sedas, se centra en las “Irradiaciones ultraístas en Galicia, Mallorca y Cataluña” (pp. 161-184). Ródenas y García-Sedas proponen un recorrido por distintos ámbitos geográficos para constatar que no hubo núcleos de militancia ultraísta en la periferia peninsular, excepción hecha de Mallorca, “pero sí hubo irradiaciones, curiosidades y contagios entre los escritores de influencia vanguardista” (p. 161). Fuera de los núcleos sevillano y madrileño hubo “ecos más o menos intensos pero efímeros y tardíos” (p. 163). Los resultados ultraístas gallegos y catalanes “estuvieron amortiguados en el primer caso y fueron casi nulos en el segundo [...], pero de Galicia procedió uno de los espíritus más despiertos y activos del Ultra central, Eugenio Montes” (p. 163). En Cataluña el ultraísmo tampoco atrajo a las figuras más conspicuas del momento, si bien el poeta Salvat-Papasseit fue objeto de atención de los cultivadores del Ultra. El foco de Mallorca, por su parte, estuvo estrechamente relacionado con la presencia de la familia Borges en las islas.

Ya en el terreno internacional, el capítulo de Joaquín Roses, titulado “El ultraísmo y el modernismo hispanoamericanos en perspectiva borgiana” (pp. 185-224), plantea una revisión del ultraísmo en relación con el modernismo hispanoamericano, acotado este al ámbito argentino. Si bien el modernismo fue una estética intercontinental, el “ultraísmo se desarrolla principalmente en Argentina a partir de un foco originario en España” (p. 186). En su trabajo, Roses ofrece asimismo una lectura de las relaciones entre modernismo y ultraísmo desde la perspectiva de Jorge Luis Borges, puente indiscutible entre ambos movimientos, planteado ya, aunque desde una óptica diferente, en el capítulo anterior. Como apunta el autor en el cierre del capítulo, “la literatura carece de fronteras” y como tal deben ampliarse nuestras miras en lo escrito en español “mediante un viaje epistemológico y ético más allá de los límites cerrados de España” (p. 221).

El siguiente capítulo es de Miguel Ángel García y se titula “Meditaciones estéticas: ultraísmo y cubismo” (pp. 225-256). En él, García se centra en las influencias del cubismo sobre el ultraísmo, mostrando, de manera muy acertada, las aportaciones del cubismo sobre la poesía de esos años y cómo estas se van incorporando al Ultra, que nace sin un programa definido. Partiendo de textos iniciales como la conferencia “La poesía nueva” (1919) de Gerardo Diego, el autor describe el enlace

entre cubismo y ultraísmo y demuestra, a pesar de la debilidad teórica e ideológica de este último frente al creacionismo, la evidente relación entre ismos “para un movimiento que se caracteriza, como señala el manifiesto fundacional de 1919, por acoger ‘todas las tendencias sin distinción’” (p. 248). Incide así en la idea de heterogeneidad de tendencias que convergen en Ultra que recorre todo el volumen.

Siguiendo el camino de vínculos entre distintas escuelas estéticas, Gabriele Morelli habla sobre “El ultraísmo y el futurismo italiano” (pp. 257-288). El contacto procede, como muy bien explica el profesor Morelli, del carácter internacionalista del ultraísmo. El hilo inicial entre ambos ismos se sitúa en el afán renovador de Ramón Gómez de la Serna, “que ahora se alimenta de la lección del futurismo” (p. 268). Esa animosidad de Ramón y su relación con el futurismo pronto es acogida por el grupo de ultraístas capitaneados por De Torre. La presencia del ismo italiano en España se refuerza a través de su difusión en revistas españolas como *Grecia*, “órgano del movimiento ultraísta” (p. 268), mientras que el ultraísmo —apunta Morelli— había de ser conocido también en Italia, a tenor de algunos testimonios recogidos por el profesor.

Pablo Rojas analiza en “Dislocación del Todo. Dadá y el ultraísmo” (pp. 289-318) las conexiones entre dadá y el ismo español, destacando cómo el primero “alimentó el deseo de novedad y regeneración literaria con que surgió el ultraísmo, que, entre otras cosas, pretendía amortajar al caduco modernismo y acompasar la hora artística española con el reloj europeo” (p. 315). De nuevo las revistas serán un medio de transmisión y desarrollo del nuevo ismo y mostrarán sus contactos con otros movimientos. Las revistas dadaístas acogieron “los intentos de renovación auspiciados por los ultraístas españoles” (p. 315), de la misma manera que las revistas españolas acogían los resultados dadaístas. Esta retroalimentación entre tendencias y escuelas da cuenta del reconocimiento y desarrollo del ultraísmo a nivel nacional e internacional.

En el décimo capítulo, Carlos García aborda la conexión entre “El ultraísmo y el expresionismo literario alemán” (pp. 319-346), centrándose en la fértil relación entre los dos ismos en el terreno literario y, especialmente, en el de la poesía. Carlos García resalta el carácter heterogéneo del ultraísmo, “epítome de todo lo que hacia fines de la segunda década del siglo XX flotaba en la atmósfera” (p. 321). Se refiere así a

las diferentes estéticas y escuelas mencionadas en capítulos anteriores, a las que añade ahora también el expresionismo. En el recorrido por distintos autores y testimonios, García ofrece una nueva visión sobre el eje artístico hispano-alemán y confirma que el expresionismo en España se circunscribe casi con exclusividad al ámbito pictórico y teatral.

Por su parte, José María Barrera, en “Vibracionismo, unanimismo y simultaneísmo en el movimiento ultraísta” (pp. 347-400), analiza la presencia de estas estéticas y movimientos en el desarrollo del ultraísmo español. En su recorrido por distintos ismos, menciona algunos habitualmente menos conocidos como el imaginismo, el clownismo y el nunismo, sin olvidar otros ya abordados como el futurismo, el cubismo y el expresionismo. Barrera se sirve de testimonios significativos de la época para delinear “el mapa completo de la vanguardia hispánica y sus conexiones con la vanguardia internacional” (p. 393). Son estas un “poliedro de estéticas que fraguaron una nueva época. La nueva época del ultraísmo español” (p. 393). Este capítulo reafirma así la vinculación del movimiento español con otros ismos internacionales.

En “El ultraísmo y el primer modernismo portugués” (pp. 401-427), Antonio Sáez propone un interesante acercamiento al diálogo entre la vanguardia histórica y el modernismo portugués, “hermanos en la sincronía de su vigencia temporal y en su papel superador de las literaturas decimonónicas” (p. 401). En este capítulo, Sáez ofrece las claves de una lectura comparada entre ultraísmo y primer modernismo a partir de las relaciones entre ambos y sus paralelismos en cuanto a origen. El inicio del primer modernismo coincide con el ultraísmo puesto que ninguno de los dos plantea rupturas radicales con las estéticas dominantes, sino que permanecen en feliz convivencia con ellas. Asimismo, resulta reveladora una de las conclusiones del capítulo en las que afirma que los ecos del primer modernismo portugués se instalaron en España “gracias al quehacer de los poetas ultraístas andaluces” (p. 425), entre los que se incluyen Isaac del Vando Villar, Adriano del Valle y Rogelio Buendía, autor de la primera traducción española de Pessoa.

Por último, Emilio Quintana plantea en su trabajo “El ultraísmo y la conexión polaca” la significativa relación entre el ultraísmo y artistas polacos de la época. Como demuestra a partir de distintos textos, la conexión internacional del ultraísmo se fraguó durante la Primera Guerra Mundial, “cuando artistas y escritores de las potencias en conflicto

encontraron en España [...] un lugar de refugio” (p. 431). Para trazar la huella de este itinerario artístico y literario, Quintana se centra en las contribuciones de Władysław Jahl desde la pintura y el diseño gráfico, las de Marjan Paszkiewicz en crítica teórica y las de Tadeusz Peiper, que se encargó de “la difusión del ultraísmo hispánico en Polonia, con evidentes repercusiones en su obra” (p. 430), así como en las de otros miembros de la colonia polaca en España. Todos ellos vienen a confirmar, una vez más, las irradiaciones internacionales del ultraísmo y su innegable carácter heterogéneo.

En *El ultraísmo español y la vanguardia internacional* se ofrece, en definitiva, un sólido recorrido por las distintas aristas de un fenómeno concreto de la vanguardia histórica. La lectura que extraemos de los distintos capítulos que articulan el volumen es la de “una mirada hacia dentro y hacia fuera”, como apuntan Bernal y Sáez (p. 20). Al final del libro se incluye, además, un índice onomástico que facilita la localización de las referencias empleadas a lo largo de los trece capítulos. A partir de la lectura de este cuidado volumen se confirma que el ultraísmo gozó de una proyección en distintos ámbitos y espacios que confirman la huella de este ismo en la historia literaria.

Esta edición es —y en ello coincidimos con lo expuesto por Luis García Montero— “la más cabal reconstrucción posible de lo que fue el ultraísmo a partir de una labor de investigación ejemplar” (p. 7). *El ultraísmo español y la vanguardia internacional* se suma así a los estudios imprescindibles dedicados al ultraísmo y la vanguardia histórica. La apuesta de los editores confirma las posibilidades de análisis de un movimiento surgido en un periodo ampliamente estudiado, pero al que la crítica no ha solido concederle la misma atención que a otras manifestaciones coetáneas. Quizá la diversidad y fugacidad de sus postulados hayan contribuido a un ligero descompás en relación con otras concreciones de la vanguardia, descompás que pretende equilibrarse con el presente volumen.

